

Periodismo y literatura: peleas de vecinos

Una discusión de Norman Simms, Germán Castro Caycedo y Germán Santamaría

GERMÁN CASTRO CAYCEDO

¿Existe el Periodismo Literario? ¿Es realmente nuevo el Nuevo Periodismo? ¿Qué diferencia al “periodismo a secas” del periodismo investigativo?

Sobre éstas y otras preguntas hablaron en una mesa redonda los periodistas colombianos Germán Castro Caycedo y Germán Santamaría, y el profesor norteamericano Norman Simms.

Yo creo que lo que más me llegó del Siglo de las Luces fue la idea de que las leyes tienen que salir de la índole de los pueblos. He llegado a pensar, después de 32 años de trabajo, que definitivamente el periodismo también tiene que salir de la índole de los pueblos, y que es muy poco lo que se puede transferir de las técnicas periodísticas entre un país y otro.

El periodismo norteamericano tiene mucha personalidad porque no le ha prestado nada a nadie; por eso se ha procurado siempre sus propias formas de expresión. Creo que es un periodismo único, que además encuadra en su país. Pero con toda su importancia no ha sido para mí una referencia,

sencillamente porque desde que empecé a ejercer mi oficio hallé mi propia tradición, mis raíces periodísticas. Las raíces de un periodismo magnífico que es el colombiano, que como el de Estados Unidos, como el de Francia, como el de Alemania, ha salido de nuestra propia realidad.

Pero hablando de un periodismo que debe salir de la índole de los pueblos, con grandes excepciones, el periodismo colombiano de las últimas décadas es el desarraigo. Para mí, desarraigo quiere decir sin raíces. Un periodismo que, con excepciones, no sabe de dónde viene. En una entrevista de televisión, me preguntaron un día: ¿Usted ha copiado a Tom Wolfe? Y



yo dije: no se quién es Tom Wolfe... Pero, en cambio, si sé quién es, por ejemplo, Alberto Urdaneta...

Alberto Urdaneta, desde luego, está en las raíces más tempranas del periodismo que yo hago. Hoy en Colombia, ni en la cátedra universitaria, ni en las redacciones de los medios, he podido encontrar a alguien que sepa quién es Alberto Urdaneta.

En la misma entrevista me preguntaron: ¿Usted hace periodismo literario? Y les tuve que responder: yo no sé de periodismo literario.

Hace 32 años comencé a trabajar en un oficio que se llamaba periodismo, simplemente, y hoy sigo haciendo exactamente lo mismo de entonces. Lo que me enseñaron fue eso, "periodismo a secas", eso es lo que hago. Desde luego, como en los Estados Unidos se habla hoy de periodismo literario, en Colombia repiten: *periodismo literario*. Quien no lo diga está *out*. Yo no soy consciente de hacer literatura en mi oficio. ¿Por qué? Porque entre otras cosas siempre que leo a los grandes maestros veo que estoy lejos del arte, lejos de la literatura, y tengo que ser honesto conmigo mismo, porque si conozco mis verdaderas capacidades, y me limito a lo que me se me facilita, entonces me estoy respetando a mí mismo. Para mí sería un insulto con el arte pensar siquiera que hago literatura. Yo sé que hago "periodismo a secas", y que en ese oficio me va bien.

Borges dice que el arte literario parte de la irrealidad y yo aprendí de mis maestros todo lo contrario, que el oficio del periodista consiste en tratar de plasmar la realidad. Mis maestros han salido de las hemerotecas, donde he buscado, he sondeado, he rasguñado mucho. A algunos de ellos los he conocido y todavía les pregunto y aprendo de ellos muchísimo.

Los primeros maestros que recuerdo fueron los cronistas de Indias. Ellos no eran escritores, eran cronistas. Por eso, a lo que hago le digo crónica y no reportaje. Así se les ha dicho siempre a esos relatos en nuestro medio: crónicas. Esos primeros cronistas eran hombres que veían el mundo y lo plasmaban con la realidad que les permitía la cultura de su momento histórico, con una visión que respondía a las expectativas y a las condiciones ambientales. Pero lograban transmitir la realidad de eso que llamaron el Nuevo Mundo. Ellos no nacieron aquí, es cierto, pero lo que escribieron fue lo que sucedió aquí, fue lo primero que se escribió en América.

América para mí son muchos países. Mis maestros entonces tendrían que ser, para citar: Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo, Orlando de Enciso, López de Gómara. Esa crónica del siglo XVI y XVII.

Para seguir mostrando poco a poco, destapando, descubriendo mis raíces periodísticas, voy a dar un brinco rápido a 1881, al *Papel Periódico Ilustrado* que hizo en Bogotá mi gran maestro Alberto Urdaneta, repito, en 1881. He logrado encontrar que con él nació el concepto de que todos los tipos del periodismo, pero absolutamente todos, requieren de una investigación previa. Este es un concepto diferente al del periodismo investigativo. Todos los medios, todos los géneros, una simple rueda de prensa, exigen una investigación previa. Yo necesito saber quién es la persona que va a hablar. Por eso cuando hace unos 30 años alguien regresó emocionado y dijo: en el norte inventaron el periodismo investigativo, hay que hablar de periodismo investigativo, vamos a hacer investigación, para quienes conocían nuestra tradición, hace 30 años, el cuento de la investigación

ya de verdad que sonaba muy transnochado.

Un ejemplo: el *Papel Periódico Ilustrado*. Yo he logrado establecer que allí nació el gran periodismo investigativo de Colombia.

Si hay estudiantes, anoten: *Papel Periódico Ilustrado*, de Santafé, una obra facsimilar maravillosa que reeditó Carvajal y Compañía. Esta es una de las 25 crónicas que escribió mi maestro Urdaneta. Está en el volumen 4, página 89. Voy a resumir mucho: la crónica que escogí es de 1884,. A propósito del día de difuntos, el primero de noviembre, él se va al cementerio de Bogotá y como también era dibujante inicia su crónica con un plano del cementerio. Comienza por explicar el significado de la palabra cementerio. Explica lo que ha significado esta instalación en las culturas, comenzando con los hebreos, los griegos. Voy a saltar unas páginas. Cruza por la edad media, viene a nosotros y nos habla de los cementerios chibchas. Luego habla de los cementerios más notables de Colombia. No se le escapa ninguno y cuenta cuál fue el primer muerto que sepultaron en cada uno, anotando el día y el año. Cita a todos y cada uno de los celadores del cementerio diciendo en qué épocas trabajaron, desde su inauguración hasta el día de escribir la crónica.

Salto de nuevo unas páginas. Uno por uno describe el paisaje, la flora, la arquitectura de cada zona, las dimensiones de plazuelas, pabellones, corredores, la altura de las columnas, registra las diferentes reformas efectuadas en el lugar, los nombres de los funcionarios que las ordenaron y las fechas respectivas, los arquitectos que las ejecutaron; describe la tribuna desde la cual se pronunciaban entonces los discursos fúnebres, anotando las dimensiones exactas y los

materiales de que estaba construida. Entre otras cosas, en la tribuna había una esfera de piedra y él hace una cita del periódico *El Observador*, número ocho, del 10 de noviembre de 1839, es decir, 45 años antes de escribir su nota. Recorrió 45 años de archivos dando cuenta de dónde vino esa esfera coronada por una cruz de hierro, de dos metros con doce centímetros, que formaba parte de la ornamentación de ese lugar. Luego describe una a una las 1380 tumbas del cementerio anotando el nombre de cada muerto y la fecha en que fue sepultado. Pero los ubica a cada uno en su sitio, puerta por puerta, galería por galería, fila por fila, dando detalles de muchas de ellas. Un ejemplo: “Galería derecha después de la capilla, llega usted a la puerta de entrada y continúa en la fila del medio, tumba 501. Sobre la loza de mármol negro se destaca una cruz enlazada con una corona de inmortales, ambas de mármol blanco. Sobre la cruz en letras doradas se lee: José María Gómez Restrepo, y sobre la corona en caracteres blancos, 21 de octubre de 1878.

Me parece que debo repasar todavía más esta crónica para dar un ejemplo de dónde aprendí que el periodismo debe ser investigado.

Alberto Urdaneta continúa. Terminado el recuento de las galerías estructurales se va a la alameda central, describe el paisaje, la arquitectura de ornamentación, la historia, y describe uno a uno los 59 mausoleos y monumentos, da sus dimensiones, anota que los números impares están a la izquierda. Y luego comienza con la capilla, arco por arco, ventana por ventana, muro por muro. Habla del arquitecto que la proyectó, el maestro Nicolás León, y dice que debió aprender el oficio de Fray Domingo de Petrés. En breves líneas transcribe un documento de

1831, 51 años antes de escribir su crónica, en el cual el arzobispo le da la orden al maestro León para que inicie la proyección de la obra. Luego se va a la capilla, describe cómo se hizo tramo por tramo, qué problemas hubo, qué materiales tiene, describe cuadro por cuadro, figura por figura, anotando quien la regaló, cuando la regaló, y da un concepto de la calidad artística de cada una. Luego detalla uno a uno los 54 monumentos que hay en la capilla y comienza por el último. Aquí termino: “El que se halla a la izquierda, al volver en dirección de la entrada, es pequeño y lo constituye una cruz rústica de piedra, una figura alegórica del ángel de la muerte. Al frente dice: Familia Roso; al norte, José Francisco y al sur, Eduardo”.

Eso lo publicó y lo escribió Urdaneta, un periodista colombiano, un bogotano, el 2 de noviembre de 1884. Ahí nace el concepto de investigación en el periodismo colombiano. Esto sucede 91 años antes de que un colombiano regresara del exterior diciéndonos que si queríamos estar en la onda teníamos que decir que hacíamos periodismo investigativo.

Alberto Urdaneta es otro de mis maestros, él es parte de mis raíces periodísticas.

Pero casi simultáneamente con lo anterior, cuando comenzaba la época de los años setenta, alguien que también había estado de vacaciones en el exterior dijo en Colombia: “¡Hay qué hacer periodismo de denuncia, esa es la moda! ¡Denuncia, muchachos!”

Pero sucede que en 1552, en el siglo XVI, en América India, aquí, fray Bartolomé de las Casas fechó un prólogo de su obra monumental, valerosa, de aliento, de compromiso, y un poco después, ante las denuncias del frayle, la Corona Española se adelantó dos siglos al resto del mundo y abolió la esclavitud. Eso es denuncia. En 1552, hace 418 años. Cuatro siglos

y 18 años antes de que alguien regresara a Bogotá de un viaje de vacaciones diciendo: chicos, en el exterior acaban de inventar la denuncia periodística, hagamos denuncia, copiemos, porque esa es la moda.

De las Casas es otro de mis maestros y es parte de mis raíces.

Sigamos hablando de esas raíces. Encontré un libro que se llama “El 10 de febrero”. Es el atentado que le hicieron al dictador del momento, el general Rafael Reyes, en Barro Colorado, donde está hoy la Universidad Javeriana. Rafael Reyes cayó en el año 1909, y un año y medio después apareció un libro de 327 páginas que para mí era ya lo más moderno en ese momento. No lo posmoderno, lo moderno. Es un libro documental que incluye fotografías del fusilamiento de quienes hicieron el atentado, documentos, declaraciones, perfiles del presidente, perfiles de quienes participaron en el atentado.

No he logrado que en la cátedra colombiana alguien me diga que sabe de la existencia del libro sobre “El 10 de febrero”, que para mí es otro libro importantísimo en esa tradición magnífica del periodismo colombiano.

Después, a través de las hemerotecas, descubrí en los años cincuenta —eso no me lo cree la gente porque no conoce nuestra tradición— el más grande cronista de la segunda mitad del siglo en Colombia, que se llama Germán Pinzón. Allí nació la gran crónica colombiana de hoy: el reportaje, digamos. Germán Pinzón está vivo, fue compañero, desde luego, de García Márquez, de Camilo López, de Marco Tulio Rodríguez, de Leopoldo Pinzón, de Antonio Pardo García. La mayoría de ellos están vivos. Fue la década de los cincuenta, en el diario *El Espectador*, que fue monumental. Lo que hacemos hoy es lo de antes,

un poco más adelante de los maestros.

Hoy en Colombia nadie sabe quién es Germán Pinzón. La cátedra no tiene ni idea de quién es Germán Pinzón. Se ganó un premio de periodismo de América Latina.

Ellos son mis maestros, ellos significan para mí las raíces de mi oficio. Yo recibí de ellos la tradición de un periodismo magnífico, que venía a través suyo desde varios siglos atrás. Ellos me enseñaron a hacer "periodismo a secas", que es el que vengo haciendo desde hace 32 años. Por eso entiendo cada día mejor la frase de mi maestro Camilo López, uno de los más grandes reporteros que ha habido en *El Tiempo* en esta segunda mitad del siglo. El decía: "Viejo, los árboles se mantienen de pie porque tienen raíces".

Y en el Chocó, en las selvas del Chocó, una noche perdí mi linterna. Y le dije a un guía antioqueño, alúmbreme —porque el guía no necesita mirar el suelo, él tiene que mirar los árboles porque viendo el líquen de los árboles sabe dónde es el norte y dónde es el sur. Pero uno que es de acá, caminando en la selva, es un niño de 7 meses que tiene que mirar con la linterna abajo porque hay espinas en las raíces. Hay una cosa esa en zona, unos huecos de 80 centímetros de ancho y cuatro metros de profundidad, llenos de agua... —ese día me di cuenta de otra cosa: que con linterna prestada no se encuentra el camino.

Hoy en Colombia la onda es el periodismo literario. Yo no lo conozco, juro que no lo conozco, yo no soy consciente de hacerlo. Sé que lo practican los periodistas estadounidenses y que es magnífico, que tiene personalidad, que tiene los más grandes periodistas que existen hoy en ese país, porque ellos no le han

prestado nada a nadie. Pero pienso, por eso, que corresponde a su mundo, a su medio, a su manera de ver la vida, a su cultura, a sus expectativas y a su magnífica personalidad.

En este país sin raíces, en cambio, en este medio de desarraigo, hoy el *slogan* periodístico es el periodismo literario y ese *slogan*, periodismo literario, que trajo alguien que fue a vacaciones a Miami, está ganándole en las encuestas a otro *slogan*, el Nuevo Periodismo.

Después de mirar atrás, y de ver nuestra tradición, yo pregunto ¿cuál Nuevo Periodismo? Al escribir una crónica ¿será que ya no son necesarios el ritmo, la cadencia, el tono? Hasta donde yo sé, no hay ningún cambio en este sentido, entre otras cosas porque no se puede cambiar lo que no se conoce. En Colombia no se conoce la tradición, no se conoce el medio, entonces, ¿cuál Nuevo Periodismo?

Dictando un taller en la Fundación para un Nuevo Periodismo, de Gabriel García Márquez, me llevé un texto de Nuevo Periodismo. Dos párrafos. Se los leí a los estudiantes a ver sus conocimientos y les dije: muchachos esto es Nuevo Periodismo en Colombia. Leí dos párrafos y se maravillaron. Luego les dije: esto fue escrito en 1953, en *El Espectador*, por Germán Pinzón.

Entonces... (ya voy a terminar, no sé mi estoy alargando), para entrar a resolver esa confusión en que está el mundo en torno al periodismo y a la literatura, yo lo veo muy fácil: el periodista es un narrador; cuando se escribe una noticia se está narrando una cosa. Para narrar, desde hace un siglo hay técnicas narrativas. Digo para narrar realidad, o para narrar una novela, o para narrar con imágenes, hay unas técnicas definidas. Las voy a resumir mucho: en mi caso, parto de que cuando tengo la historia y conozco

la historia que voy a escribir, tengo una estructura, un tono en la estructura —y he encontrado que en crónica, generalmente no sale uno de una estructura lineal muy sencilla, de una secuencia lógica doble o triple. Una vez que tengo la estructura sé que tengo que comenzar con un clímax, terminar con otro y poner otros en el centro. Se llamará ritmo, se llamará que no se me caiga, que no me haga nudos la historia. Sé que página por página tengo que decir cosas y trabajo el relato con mayor ritmo. Sé que si manejo el monólogo o, de golpe, manejo el diálogo, en el primer caso tengo intimidad o tengo cadencia, y seguramente con el diálogo obtengo un concepto algo teatral, casi reproduzco. Pero además logro síntesis. Un diálogo de tres o cuatro parlamentos bien hechos puede hacer que el lector sienta que ha leído un capítulo. Tengo que manejar el factor sorpresa y de esto me tiene que salir un reportaje, una crónica, con cierto tono, con musicalidad. En dos palabras, son las mismas técnicas para hacer novela, para narrar. Yo las utilizo para ponerle la realidad a la historia.

Yo lo veo así de fácil, en lo que hago. Hablo de mí, porque no puedo ser juez de mis colegas, no puedo hablar mucho de otros porque no sé qué pasa en su caso y además sería un despropósito. Todo esto hay que hacerlo sin faltar a la historia, sin tergiversar nada. Tengo un ejemplo: hay un reportaje se llama el "El cachalandrón amarillo". Quien lo cuenta, el narrador de la historia, me dijo: "Hombre, a Valledupar llegó un hombre trayendo consigo barriles llenos de clavos. Hasta ahí: trajo barriles llenos de clavos. Me dijo: eran barriles cargados con grapas oxidadas, millones de clavos, de todas las dimensiones, hasta ahí. Me fui para donde don Manuelito Guzmán, calle 11, él es un ferretero de mi pueblo, importa

clavos, y le dije: "Manuelito, ¿tiene unos catálogos de los clavos que trae de España?" Me dijo: "Sí". "Muéstremelos". Tomen nota, esto es un ejercicio periodístico... De los clavos, escribí: eran barriles repletos de clavos de cabeza cuadrada, redonda, de rosca, de hervidero, de tapicero, de albañil, de punta de París, de alpinista, de corona, de botón, de navas de mosca, de alcayán y de herradura. Soy consciente que lo que hice fue periodismo y esto no es literatura. Y finalmente, cuando escribí el reportaje "La Bruja", la bruja me dio sus fórmulas de brujería. Primero, yo sabía que no podía hacer un catálogo de fórmulas de brujería para la gente y, segundo, pues no sonaban mucho. Entonces,

pensando en periodismo —repito, no soy consciente, es posible, pero no soy consciente de que estoy haciendo literatura—, tomé una farmacopea de 1836. La bruja me dijo: Fernando León se echaba unas lociones hechas con remedios y pedazos de animales muertos y después se embadurnaba con otras y después conjuraba y bebía sorbos de otras aguas.

Eso que me dijo no lo cambié, no lo alteré, lo enriquecí un poco pensando en periodismo. Y escribí: "Fernando León se echaba unas lociones que preparaba con camedrio de naranja, hierba mora, estramonía, belladona, raíces de parietaria, ipecacuana y animales muertos, con los cristales de sábila desatados en bálsamo tranquilo y

tintura de pelitre, se embadurnaba el cuerpo, después conjuraba y bebía sorbos de infusión de alquequenje, menta piperita y tintura de jengibre." Yo estoy consciente de lo que hice fue periodismo. Es decir, para mí, eso no es literatura, eso es un purgante. Muchas gracias.

GERMÁN CASTRO CAYCEDO ha sido reportero de *La República*, *Deporte Gráfico* y *El Tiempo*. También ha sido director de varios noticieros de radio y televisión. Desde la aparición de su primer libro —*Colombia amarga*—, en 1976, se ha convertido en el autor más prolífico y destacado entre los periodistas de su generación. Algunos de sus libros de reportajes más conocidos desde entonces son: *Mi alma se la dejo al diablo*, *El Karina*, *El Hueco*, *La Bruja*, *En Secreto* y *El Alcaraván*.

Los periodistas literarios: las incertidumbres de una élite

NORMAN SIMMS

Traducción de Carlos Agudelo

Yo valoro muchas de las cosas que se han dicho aquí, especialmente porque lo que yo llamo periodismo literario no es un "nuevo periodismo", viene de muy atrás, por lo menos desde comienzos de 1700 y probablemente más atrás, hasta remontarse a los reportes de los capitanes de barcos y los viajeros.

Puede ser que ahora exista un "boom" con este tipo de reportería en Colombia y en otras partes. Es un tipo de reportería precisa que depende de la inmersión, de gastar mucho tiempo con la gente, de que el escritor tenga una voz en la historia. Y quiero decir unas

cuantas palabras sobre cómo se hace en Estados Unidos. No sé cómo se hace en Colombia —si acaso se hace—, pero he estudiado cómo se ha hecho en Estados Unidos en el último siglo. Y tengo que reconocer que raramente se hace, por varias razones: requiere talento y no todos los escritores tienen talento en el mismo grado. Además, toma tiempo, lo que significa que es relativamente costoso y muy pocas revistas pueden sostener a un redactor durante un periodo largo de tiempo en el que sólo está trabajando en un proyecto. Y requiere de suerte.

Una amiga mía, que es escritora y que ganó el premio Pulitzer cuando trabajaba para el *Miami Herald*, una vez dijo que cuando los escritores se juntan no hablan sobre metáforas, sino sobre dinero. Y yo pienso que eso es cierto. Entonces, permítanme comenzar con el tema del tiempo que se toma el periodismo literario porque es una de sus características distintivas. La reportería de inmersión significa que el reportero gasta mucho tiempo en los temas que investiga, aún cuando son parte de su propia cultura. John McPhee vivió casi un año en Alaska para escribir un libro sobre ese estado. El joven